

El exilio, ¿termina?

Eric Nepomuceno

Quedan los que se quedan.
El que se va, se va.
(Un amigo chileno, lejos de Chile)

1. No hace mucho, leí un puñado de las más claras —y, por eso, doloridas— definiciones de algo que, en los últimos años, pasó a ser parte de la realidad cotidiana de nuestras tierras: el exilio. Ariel Dorfman, chileno por adopción (nació en Argentina), exiliado desde 1973, definía el exilio en una secuencia de sensaciones, imágenes y situaciones desgarradoras. Es como llegar a una ciudad desconocida, decía Ariel, en un país donde no hablas el idioma y no conoces a nadie, sólo a una persona. Y la llamas por teléfono, la llamada no se completa y el teléfono traga su única moneda.

Es esa sensación de desamparo, de cosa perdida, de naufrago, lo primero que uno conoce del exilio. Después vendrán otras, y más que todas, la sensación de que sobrevivir es necesario, a todo precio. Inmigrante sin destino, el exiliado conocerá barreras prácticas: papeles, trabajo, casa, escuela para los hijos. Y, según el país donde haya ido a parar, estará también la cuestión del clima, el idioma, la comida rara, estarán los nombres de las calles que uno jamás aprende a pronunciar como se debe. Buscar un nuevo marco, reconstruir una identidad perdida en un lugar donde desconfiás hasta de tu propio pulgar: así es la cosa.

El exilio no es, desde luego, nada nuevo en América Latina. Existió siempre: al fin y al cabo, muchos de los españoles y portugueses que vinieron al continente hicieron el largo viaje echados de sus tierras. El destierro es parte de nuestra colonización y de nuestra historia.

En todo caso, si el fenómeno es antiguo, sus actuales características hacen de él algo nuevo. Jamás hubo exilios tan masivos y tan prolongados en América Latina como el largo peregrinaje de los días de hoy. Ese aspecto nuevo de un fenómeno antiguo sirvió —y seguro seguirá sirviendo— de tema para discusiones más o menos serias, artículos, ensayos, conferencias, mesas redondas, entrevistas y, ¿cómo no?, uno que otro tango. A la vez, sirvió para que en muchas áreas surgiese toda una mitología, una épica del exilio. En contrapartida, no son tan abundantes los casos de exiliados que, en grupo, se hayan dispuesto a mirarse al espejo, a desbrozar todo su campo de culpas, fantasmagorías y sobre todo, justificaciones.

Hace unos dos años y medio, un exiliado argentino, un abogado que desde septiembre de 1976 vive en Madrid, me decía que el exilio de los argentinos tenía un carácter masivo, pero carecía de cualquier sentido colectivo.

— Es un exilio individual —me decía él—. El exilio de uno en uno, a diferencia de los históricos ejemplos de exilios de minorías étnicas y raciales, o de todo un movimiento político o fuerza social. Por lo tanto, el exilio nuestro carece de una unidad natural.

Los unía, como a los chilenos, brasileños, uruguayos o paraguayos, un hecho concreto: ninguno estaba en su país, ninguno de los exiliados sentía tener condiciones para volver.

Por otra parte, y mi amigo argentino lo admitía, si bien el exilio de sus compatriotas en los últimos cuatro o cinco años tiene un carácter masivo, no es determinante con respecto al conjunto de la población de su país. Cálculos de la CADHU —Comisión Argentina de Derechos Humanos— indican que desde 1975 medio millón de argentinos han abandonado el país. Eso representa el dos por ciento de la población de Argentina, y necesariamente da a los exiliados un carácter más de marginación y extrañamiento en relación a los que se quedaron. Esos exiliados no tienen ni la fuerza ni la mística de los exilios colectivos: representan básicamente la crisis de medio millón de personas, fundamentalmente personas que pertenecen a la pequeña burguesía. ¿Cómo mistificar sobre la pluralidad social de ese —y otros— exilios latinoamericanos? En el caso específico de los argentinos, ni todo el esfuerzo y el interés de grupos políticos del exilio lograrán encontrar a más de cinco o seis mil obreros entre la masa de expatriados. Es decir, la clase obrera no llegaría más allá del uno por ciento del total de exiliados. Y eso puede sugerir otra pregunta: ¿no sería el exilio argentino, a ejemplo del exilio chileno o del brasileño, la reagrupación en el exterior de representantes de una clase social triturada, de los hijos de la derrota de una aventura política pagada con sangre y dolor? ¿No sería ése un exilio que muy difícilmente puede reconocerse en sus errores, en su triunfalismo político, en su omnipotencia vacía, porque reconocerse así sería reconocer su carencia de futuro? Pero esas pueden ser dudas peligrosas, pistas de una

traición: no se debe abandonar el gran barco donde se apilan los bombos de un triunfo en el que nadie cree, esperanzas alimentadas a la distancia, un protagonismo carente de cualquier sentido. La gran nave del exilio puede ser, y muchas veces lo es, la gran nave de los insensatos.

Por otro lado, la poca participación —o, mejor dicho, la participación poco significativa— de obreros en ese fenómeno en ningún momento le disminuye el dramatismo. Es natural que las cifras se barajen: en los últimos ocho años, empujados por el hambre, la falta de trabajo, la represión policiaca o por esas tres cosas a la vez, un 30 por ciento de los uruguayos abandonó su país. Luego del golpe de Augusto Pinochet en Chile, se calcula que un millón de chilenos —la décima parte de la población del país— buscó otros rumbos. A lo largo de los 15 años de dictadura en Brasil, y antes que el sistema decidiese lanzar un período de "apertura y normalización", no han sido más de diez o quince mil los brasileños que ingresaron a la calidad de exiliados, y Brasil anda hoy día por los 120 millones de habitantes. La cuestión numérica puede tener importancia capital en determinados aspectos. Pero, a la noche, a la hora de embarcar en el sueño rumbo a un nuevo día de destierro, no servirá de mucho consuelo pensar que somos cinco mil o tres millones.

Hace cosa de un año o poco más, millares de brasileños han retornado a Brasil. Algunos, después de haber pasado más de 15 años en el destierro. La irreverencia de los brasileños, que no se extiende a todos los campos y muchas veces funciona como un bastón con quien compartir el peso de la sobrevivencia, creó de inicio una serie de novedades para recibir a los que volvían. Los vuelos que iban a los exiliados de vuelta a Río de Janeiro pasaron a ser llamados de "viajes Amnistía ours", y a lo largo de casi dos meses ir al aeropuerto de Galeao a las seis de la mañana —hora en que llegan los vuelos de Europa— era un programa disputado, un acontecimiento social. Recibir con samba y alegría a los que volvían era deber de todos. El sueño de un Brasil alegre, lleno de ritmo y de vida, con las muchachas más hermosas del mundo, la mesa generosa y la bodega fraternal, la cordialidad de la gente, todo eso parecía cumplirse para los atónitos retornados. La espera, al fin y al cabo, valió la pena: más que los planes, más que lo que vendría, en aquellos amaneceres del retorno, el país era un universo de maravillas.

Yo nunca podré olvidar —y tampoco describir— lo que significa, después de mucho tiempo, ver cómo el sol escurre, suave, para que Río de Janeiro amanezca. Nunca podré decir a nadie cuál es el sabor del café que hace mi abuela. No podré jamás intentar contar lo que uno siente de regreso, caminando en búsqueda de las calles, las esquinas, los árboles, los gestos y miradas de un tiempo que se quedó atrás, en un país que nos fue amputado de una hora a otra. Ariel Dorfman pudo contar, con amargura y belleza, lo que no es extraño a cualquier exiliado. ¿Cómo nos contaría lo que es el retorno?

Muchas veces leí que cuando a alguien le amputan una pierna, la primera sensación al despertar de la anestesia es que la pierna sigue en su lugar, y que entender que no existe más es despertar del sueño para caer en la pesadilla eterna.

Después de caminar un par de semanas por las calles de antes entendí que ellas ya no existían, y que tampoco existía el país que dejé, el que me fue quitado.

Y entonces me vine.

2. Del exilio ya se escribió mucho, desde luego se va a escribir mucho más. Intercambiar sensaciones, dolores, esperanzas y alegrías es también un medio de enfrentar la distancia, aplacar cicatrices. Además, está la cuestión de la postura política de los exiliados. Hijos de la derrota, desde luego. Pero que, en muchísimos casos, siguen actuando como si todavía fuesen protagonistas de algo. Más de una vez escuché de compañeros chilenos que lo mejor de la tradición democrática de Chile está en el exilio. Casi nunca se aclara si en el exilio exterior o en exilio interior. Hasta hoy argentinos se debaten entre un océano de tendencias, explicaciones y justificaciones, y no es nada raro que algunos grupos se atribuyan las glorias y pesares de las luchas de quien no pudo o no quiso salir. En cuanto a los brasileños, hubo un poco de todo, hasta reuniones secretísimas en París donde los sobrevivientes de determinado grupo enrolado en sus buenos tiempos en la lucha armada perdieron tres días de sus vidas debatiendo si deberían apoyar o

rechazar las elecciones parlamentarias del año 1978. Por fin, decidieron abstenerse, y el militante encargado de transmitir por telegrama esa orden a sus supuestos partidarios en Brasil no llegó al telégrafo: intentó ingresar al metro sin pagar y un guardia, ajeno a la importancia de tan noble misión, lo detuvo. Jamás pregunté a esos compañeros si la abrumadora victoria de la oposición en aquellas elecciones se debió a la voluntad de quienes estaban dando la pelea al régimen allá, en Brasil, o al hecho de que la orden de abstención jamás pudo salir del bolsillo trasero de un militante despistado. Grupos que hacían reunión de su directiva en el interior de un Volkswagen, desde luego, no fueron nunca exclusividad de los brasileños. En el exilio, la necesidad —o las ganas— de asumir un papel protagónico es también un factor de dispersión. Hay grupos que podrían reunirse hasta en un coche menor: contando tendencias, base y dirección no sobrepasan a cinco o seis pobres tipos.

Por otro lado, es lógico que existan grupos que sí pueden tener cierto peso, aunque a la distancia. Realismo y exilio, aunque raras veces coincidan, no son incompatibles. Coherencia y amargura no son como agua y aceite: conozco a muchos compañeros que viven con esa mezcla sin perder una gota de su dignidad. No se trata de dar nombres, sino de asegurar que sí existe gente, y bastante, capaz de buscar el lado positivo (o el no-negativo) de esa trágica situación que los Videla, los Pinochet, los Stroessner han desarrollado a niveles jamás vistos antes.

Ese exilio, en algunos casos es viejo de casi una década (para no hablar de los paraguayos, en Sudamérica, o de los guatemaltecos que pueden ser comunes a todos los exilios). Están los nostálgicos amargados y los que buscan algo de positivo y de aprendizaje, están los que tratan de desarrollar tareas políticas coherentes con su situación y los otros, que tratan de armar un carnaval triunfalista y vacío de sentido, están los realistas y también los delirantes, están los asombrados hasta hoy con algo que no terminan de entender y, claro, están los oportunistas, para quien el exilio ha sido un medio de vida. Menos mal que estos últimos no son numéricamente tan significativos, en comparación con los centenares de miles de compañeros de destierro. En cada uno de esos casos, una característica básica: la distancia, el alejamiento de lo que está

ocurriendo en sus países. Allá, para la gran mayoría de los sobrevivientes, ocurre el fenómeno de la inversa: viven exiliados en su tierra, con un futuro sombrío, incierto y limitado, en una lucha constante contra el mismo enemigo que expulsó a los de afuera. Con esa expulsión, dicen algunos compañeros que defienden la muy defendible posición "positiva" del exilio, los gobiernos sudamericanos trataron de demoler a los echados, de destruirlos moralmente una vez que no se logró, por alguna razón, destruirlos o directamente eliminarlos físicamente. Pero lo mismo ocurre con los que lograron sobrevivir y quedarse. Esos, los que están allá, viven el destierro de la manera más insólita y desconcertante: el cotidiano se sucede con el mismo escenario de antes, con las modificaciones que uno termina por asimilar de a poquito, pero los tiempos son otros y es tan difícil enfrentarse a eso y tan difícil luchar contra lo que se desplomó sobre la vida de cada uno.

3. Cierta madrugada en París, Horacio Oliveira, argentino expatriado, pensó: "En mi país los muchachos hablan, ¿de qué hablan los muchachos de mi país? No lo sé ya, ando tan lejos..."

Eso ocurre en el capítulo 21 de un libro llamado *Rayuela* y también en la cabeza de millares y millares de personas que viven lejos no sólo de los muchachos, pero de todo lo que pueda significar "mi país". La gente cambia porque crece o envejece, cambia porque se quedó o porque no se quedó, y esos cambios abren abismos que luego se hacen casi imposibles de saltar.

Muchas veces uno se pregunta si el exilio termina alguna vez. Hasta hoy no logro más que repetirme: no lo sé. Y eso porque hay docenas de maneras de volver y encarar ese retorno, y desde luego hay una que sí merece una respuesta positiva: la manera con que volvieron los nicaragüenses, por ejemplo, de la mano de la victoria. Pero no pude nunca estar seguro de la manera con que volvieron los españoles allá por el año 76 o 77, como tampoco puedo asegurarme de que el retorno de los brasileños en el año pasado haya, de hecho, significado un retorno. Las cosas cambian, los cambios abren abismos. Y hay una diferencia fundamental entre volver por obra y gracia de

sistemas que se reforman para sobrevivir, y volver como una conquista, de los que, adentro y afuera, pero sobre todo adentro, lograran obtener.

Me acuerdo ahora de la estación Chamartín, en Madrid, en los meses grises y fríos de fines de 1976. Por las mañanas, en los trenes que venían de Francia, llegaban viejos exiliados, algunos después de tres décadas pasadas afuera. Había una honda emoción, una infinita ternura entre las miradas que se intercambiaban los que llegaban con los que esperaban. Más que los gritos, los llantos, la alegría y los manojos de flores que inexplicablemente saltaban en medio del invierno, lo que más me impresionaba era cuando el silencio se habría paso en medio del tumulto de la emoción. Pocos meses después muchos de aquellos viejos retornaban a Francia: la España que habían conocido y que les había sido amputada era

otra. Lo mismo pasó con muchos jóvenes criados en el exilio, inclusive con muchos de los que en el exilio habían tratado de luchar para vencer a los que se habían entronizado en el poder.

Hasta hace poco más de año y medio en muchos cafés de París se reunían jóvenes brasileños para apuestas que nadie podía entender. Uno decía: "21", y el que contestase con acierto a que línea de autobús de Río de Janeiro correspondía el número, se ganaba un trago. Eran largas rondas de memoria y de discusiones, y a cada línea de autobús puesta en la mesa de los cafés de París correspondía un río de recuerdos; los de un mismo barrio se acordaban de las esquinas y de los árboles y de las miradas y todo eso era un medio de sobrevivir a la interperie.

Todos esos muchachos retornaron a Brasil. Y ahora, en ciertas cervecerías de Río de Janeiro, es común encontrarse con pequeños

grupos que tratan, de memoria, de acordarse de las estaciones de las líneas del metro de París. Al ganador, la cerveza.

En Lisboa, en mayo del año pasado, cuando la amnistía era un hecho y el retorno una certeza, más de un centenar de brasileños se reunieron para formar un partido. Mejor dicho, para hacer que un partido político resurgiese de las cenizas a que le había condenado el régimen militar.

Muchos de los participantes buscaban un tiempo donde meter un futuro político que soñaban tener, otros trataban de aportar algo de lo que habían vivido en el exilio a la tarea de reconstruir, otros buscaban un medio de hacer el retorno menos solitario, y otros más buscaban la identidad quizá perdida. Hubo discursos, propuestas, proyectos, hubo un demorarse de esperanzas. Yo estaba y me acuerdo. Luego todos volvieron a Brasil, para descubrir que el tiempo y el espacio eran

otros, y que por más que se hubiesen repetido en Europa que el país del retorno sería des luego muy distinto al país que habían dejado nunca podrían esperar un cambio tan grande. El exilio es, también, el olvido. Alguna vez español llamado León Felipe, que venía un exilio colectivo y muy distinto, en calidez al nuestro, dijo con dureza que no eran ellos los exiliados, los españoles de la voz y la palabra. Dijo que no habían llevado nada de la paña, aparte de su dolor y de sus bocas resacas de amargura. La voz y la palabra, decía poeta, se quedaron en la tierra, con sus campesinos y sus obreros.

El exilio es la amputación de algo que nos demasiado caro, pero siempre existirán las muletas y las muletas no le quitan a uno la dignidad. Basta aprender a caminar con ellas, uno podrá ir lejos. Irreal sería suponer que pierna sigue en su sitio.

Agenda UAM 1981

Mariano Flores Castro

Salvador
24/1/81

Un objeto que procure deleite y a la vez tal ha sido el objetivo del equipo en la elaboración de la *Agenda 1981* que edita el Iztapalapa. Tarea realmente difícil, deben convivir dos aproximaciones al "real", la fotografía y uno de los más complejos controles y cómputos del tiempo para realizarse en forma calendarizada. La combinación de esas dos formas de testimonio particularmente afortunada en las páginas de esta *Agenda* impecablemente diseñada y de un diseño sobrio y esmerado. Nos levantaremos de la cama a organizarla con la compañía de una imagen evocadora del túnel del tiempo. En marzo unos muchachos llenos de grano van a acompañarnos en las semanas, haciéndonos pensar en la vida, su volumen y gravedad. En años

de vida cerca de un melón abierto como sexo femenino lleno de avidez. Ya para diciembre las imágenes de nuestros semejantes habrán tomado un sentido social y el anuncio del fin de otro año de nuestras vidas será menos pesado, menos absoluto. Todos los fotógrafos participantes son jóvenes y la mayoría de ellos se ha hecho conocer a través de publicaciones y muestras en los años recientes.

Cada una de las 52 semanas del año va acompañada por una imagen que no siempre se relaciona con la temporada a que pertenece, pero que tiene un sentido compatible con ella. Constatamos que varios de los trabajos presentados en las páginas de la *Agenda 1981* se orientan hacia una abstracción fotográfica que recurre (aprovecha) a los más

textura y su capacidad para reflejar la luz, o bien por sus curvas, sus rectas y su serialidad o ritmo externo. Fotografía de acercamientos como la de Pedro Hiriart, que nos descubre el mundo casi táctil de un nopal visto a unos cuantos centímetros de distancia: cuántas sombras y pliegues, qué escritura volcánica, musical, se advierte en esa rítmica granulación como de luna no pisada. En otros casos, los de Flor Garduño y Lourdes Almeida notablemente, la carga semántica predomina, sin que por ello la imagen pierda su capacidad de estar allí, sólo emitiéndose, diferente al objeto que le dio origen, valiéndose de él para separar su sentido de la mera utilidad.

También habría que destacar los trabajos sobre el desnudo, ese nudo gordiano de la fo-

mente interesantes las proposiciones de Gerardo Suter, Maritza López y Felipe Mendoza. De este último admiro la simplísima y delicada figura de mujer en fondo oscuro, que si estuviera vestida podría pasar por un Manet o un Sargent olímpico. Lo evidente aquí es que los muchachos han aprovechado la experiencia de la antología que sobre *El Desnudo Fotográfico* editó la UNAM el año pasado. Y hasta podría decirse que empiezan a superarla.

Al lado de estos trabajos notables hay algunos que, como siempre sucede, nos parecen menos elocuentes o propositivos (léase experimentales). Pero el nivel es en general muy alto y la *Agenda* pasará como una de las mejores publicaciones de arte útil que ha dado ya este pequeño 1981. La edición estuvo a cargo de Luis Almeida, Javier Hinojosa, Gerardo Su-